

PREGÓN DE LA FIESTA DE SANTA CATALINA DE ALEJANDRÍA

Queridos amigos, este humilde pregonero se siente muy honrado con el encargo que en su día le hiciera la Real e Ilustre Cofradía de Santa Catalina de Alejandría. Honrado por la oportunidad que se le ofrece para hablaros de Ella, de Santa Catalina, y honrado con vuestra presencia. Este pregonero quisiera cumplir adecuadamente con tan noble oficio, y así, lo primero de todo, es convocaros para las buenas nuevas que quisiera transmitir, y elevar mi voz para pedir vuestra amable escucha. Sabed que buscaré la mejor palabra para deciros que algo nuevo va a ocurrir, porque, aunque participando en algo repetido en el tiempo, cada año es en sí mismo una novedad.

Habiendo tenido la oportunidad de leer la práctica totalidad de los pregones de mis antecesores en el cargo, me he sentido deleitado con todos y cada uno de ellos. He conocido vida, historia, arte, poesía, pasión y amor de sus compositores. De todos ellos he aprendido, y ahora tan sólo aspiro a reflejar pálidamente algo de lo mucho que todos ellos transmitieron.

A cambio de vuestra atención, el pregonero os dirá lo que ya conocéis, pero de otra forma mucho más inocente, os hablará de historias que vosotros mismos habéis ya relatado, pero lo hará con la ingenuidad de quien las está descubriendo por primera vez. Su mayor ilusión sería que sus palabras fueran el dictado de vuestro pensamiento, que en su boca, cada expresión no fuera sino el reflejo de todo aquello que bulle en cada uno de los que aquí estamos convocados.

Buscando el origen y significado del oficio de pregonero, descubrimos que pregonar es comunicar algún hecho o noticia, es informar sobre acciones o situaciones que han sido o están por ser. Y éste es el interés de encontrarnos aquí reunidos. Mi buen amigo y maestro en el arte de pregonar, Vicente Oya, me refería en una reciente charla que manteníamos al amparo de las calles de Jaén, a las que tanto amamos, me refería digo, que en un pregón han de conjugarse varias acciones, o por mejor decir, en un pregón han de satisfacerse varias obligaciones inherentes al mismo, a saber: un pregón ha de ser Anuncio de algo que está por ocurrir o ha sido, ha de ser Invitación a participar y sentirse protagonista de los hechos, y ha de ser Promesa de permanencia en el tiempo y en los corazones. Confieso que su impagable consejo me hizo cambiar toda la urdimbre del pregón que estaba componiendo, en un intento honesto de acertar mejor en su estructura. Quisiera, eso sí, no defraudarlo, y sin

aspirar siquiera a ser alumno aventajado, al menos ser discípulo aplicado que pone su mejor voluntad en seguir las enseñanzas de un buen maestro.

Así que lo primero es anunciaros que la Fiesta de Santa Catalina, Patrona de Jaén, está muy próxima, porque pronto será una vez más la conmemoración de su encuentro con el Creador en el cielo, es decir de su muerte que es la que de verdad nos marca y trasciende a todos los seres humanos. Y es que nacemos y vivimos, pero el auténtico inicio de la vida es el marcado por esa muerte, que se nos antoja dolorosa, pero que nos abre las puertas de la eternidad.

Y éste es anuncio de buena nueva, es anuncio de alegría, y de gozo por la celebración de una efeméride tantas veces repetida, pero siempre tan única y hermosa como una flor que crece y se nos ofrece toda lozana.

Santa Catalina se tomó como modelo por los jiennenses para invocar su Patronazgo. Qué buen acierto tuvieron, porque realmente eligieron una límpida estrella de la que recibir su luz propia y en la que pudieran mirarse por imitar en algo sus virtudes. Pero, es momento para este pregonero, como os podríais imaginar, es momento de proclamaros que Santa Catalina junto con la Santísima Virgen de la Capilla son las Patronas de Jaén.

¿Cómo es que en Jaén tenemos dos patronas?. ¿Acaso no bastaba ya con el patronazgo de Santa Catalina para tener que nombrar también patrona a la Virgen de la Capilla?. O acaso, siendo Patrona y Principal, por expreso deseo de los jiennenses, la Virgen de la Capilla, ¿a qué mantener el patronazgo de Santa Catalina?. Pero no hay ningún problema, porque Jaén es tierra de tanto abundamiento, que hasta abundancia tenemos en amor de nuestras Patronas.

Porque es fortuna la que tenemos en Jaén cuando nos acogemos al ejemplo y modelo de ambas (patronas), cuando nos acogemos a su intercesión y cuando tenemos la dicha de sabernos queridos y amados por ellas.

¿Qué significado tiene un patronazgo?. ¿Es acaso tan sólo un título con el que adornamos una especial devoción, título honorífico, si acaso, con el que queremos honrar a algún ser excepcional?. Todos entendemos que no es así, porque sentir y elevar a la categoría de patronazgo la especial relación con quien proclamamos excepcional, es tanto como comprometerse a dejarnos guiar por sus enseñanzas, sus virtudes, su ejemplo de vida, tratando de imitarlas con toda la fuerza de nuestro corazón. No es ni más ni menos que situar en nuestro horizonte vital sus

vidas, para que sirvan de guía, de modelo, de fuente de superación y de sentida protección en nuestras necesidades.

Y en Jaén, las generaciones que nos precedieron supieron interpretar acertadamente los signos de los tiempos , las intercesiones que generosamente fueron creando y modelando nuestra genuina forma de ser y entender la vida. Tenemos que dar gracias precisamente a esas pasadas generaciones que nos legaron la fe y ese ser cristianos que nos ha permitido progresar como sociedad a los estadios de libertad, conocimiento, progreso, alcance de derechos humanos y dignidad de seres creados únicos e irrepetibles. Por eso tenemos que defender sin ambages que somos lo que somos como sociedad porque las raíces cristianas son las que alimentaron y siguen alimentando nuestras instituciones y nuestra organización social. Cuando reneguemos o dejemos de alimentarnos de esas raíces, se secarán nuestras ramas y nos convertiremos en desierto estéril donde no podrá progresar la naturaleza humana.

¡Qué virtudes no verían nuestros antepasados en Santa Catalina para de una forma sentida y natural, entronizarla en su corazón y en sus diarias inquietudes, en tiempos de zozobra, en tiempos de paz y en tiempos de aflicción!.

¡Y qué mediación maravillosa la de la Virgen María cuando, necesitando la ciudad de su auxilio y amparo, quiso en celestial visita hablarnos, en el silencio de la noche y en el asombro de los 4 videntes de su Celestial Cortejo, sobre el destino que nos tenía reservado, que no era otro que hacer de nuestra tierra y de nuestros corazones morada mariana y vergel donde se adorara a su hijo Jesús, Señor y Dios, hijo del Padre, señor del Universo!.

Podemos imaginarnos a Santa Catalina, feliz y dichosa colaboradora con María. ¿Acaso no sería Santa Catalina la que, asumiendo su patronazgo sobre Jaén, le rogó a la Virgen María que le ayudara en ese su cometido, porque eran tiempos difíciles y pedíamos su intercesión?. Y la Virgen María le diría a Santa Catalina: No te preocupes, ven conmigo que vamos juntas a visitar a nuestros hijos de Jaén. Y desde entonces, los jiennenses supimos que teníamos dos patronas.

El hermoso retablo del Descenso, en la nave de la Virgen de la Capilla en la Iglesia de San Ildefonso de Jaén, obra del escultor Francisco Calvo siguiendo las trazas del también escultor Pedro Duque Cornejo, interpreta magistralmente esa mutua colaboración de nuestras patronas a

favor de un pueblo que supo entender desde el primer momento su mediación inequívoca.

Y el tiempo fue afianzando y situando en el corazón de los jiennenses a la Virgen de la Capilla, siempre acompañada de la sencilla y humilde Catalina de Alejandría, siempre mostrando ambas a Jesús, centro de toda nuestra fe y de todo nuestro sentido trascendente de la vida.

Por eso en Jaén somos muy afortunados, porque en María se consolida y acrecienta la devoción que siglo tras siglo, novedad tras novedad de cada año, los jiennenses tienen en sus modelos de referencia. Dos mujeres benditas en su servicio y alabanza a Dios. Dos mujeres situadas como norte y guía de nuestro cotidiano vivir. Dos mujeres que nos muestran la divinidad de Jesús y su también humana naturaleza, en ese inexplicable e inefable misterio de Amor de la Encarnación de Dios en Jesús hecho hombre.

¡Qué buena nueva estamos por tanto viviendo!. El pregonero quiere, gozoso, seguir anunciándola, porque es su obligación, y porque goza con ella. Por eso quiere ahora insistir en que Santa Catalina eleva su categoría de Patrona en tanto en cuanto la comparte con la bendita Virgen María. Feliz colaboración. ¡Quién de nosotros pudiera compartir semejantes honores con la Madre del Creador!.

La Virgen de la Capilla, con su natural patronazgo sobre la ciudad de Jaén eleva por encima de todos los honores a Santa Catalina, quien con justicia enseña también su patronazgo sobre esta bendita tierra del Santo Reino.

Pero es tiempo de continuar con las muchas cosas que es menester anunciaros, y por eso, sabed todos los que escuchar quisieran, que Jaén se apresta a celebrar la fiesta de Santa Catalina, y que Jaén sigue siendo fiel a la tradición sentida. No se trata de una tradición vacía de contenido, simple nostalgia, tan sólo manifestación cultural o flor hermosa de un día, sino que se trata de una tradición que se renueva fresca y lozana en cada 25 de Noviembre, justo como anuncio y feliz presagio de la celebración de la Navidad a la que antecede. Es fiesta enraizada en el alma, fiesta religiosa, porque si no, no sería nada.

Y por un momento, el pregonero quiere soñar con haber acertado los dictados de vuestros corazones, que son ellos y sólo ellos los que están poniendo palabras en mis labios. Porque vivir en Jaén es hacerse siervo de sus bondades, es sentirse gota de agua en el río de su historia, es sentirse

todos uno, y aquí y ahora, todos somos torrente con el que vamos haciendo esa historia.

Los pueblos tienen también alma. Su alma es la de todos sus vecinos y convecinos. Su alma es como ese aire que atraviesa un bosque y transporta su perfume y el olor a hoja fresca, el olor de su resina, el olor de madera joven y vieja. Y esos olores son los que nos hablan de su grandeza, de su vitalidad, de su fortaleza, de la reciedumbre de sus almas que en una sola alma se funde.

Los habitantes de esta bendita tierra del Santo Reino seguiremos siendo útiles instrumentos al servicio de Dios mientras sigamos poniendo en el horizonte de nuestros corazones las virtudes que adornaron a la joven perla preciosa Santa Catalina de Alejandría.

Podemos ahora detenernos un poco y preguntarnos unos a otros: ¿El patronazgo de Santa Catalina es una mediación tan sólo de ella con nosotros o es acaso enlace y compromiso recíproco?. Cuando tenemos delante el horizonte, ¿Basta acaso tan sólo con admirarlo o tenemos que avanzar para alcanzarlo?. Si conocemos y deseamos la belleza, ¿acaso no estamos obligados a merecerla? ¿Entonces?. ¿Nos animamos a seguir su bella estela?.

Santa Catalina fue en vida como un diamante precioso que admite mil talladuras, todas ellas de perfecta disposición. La historia nos relata que fue martirizada muy joven, pero que su sabiduría, su elocuencia y su inteligencia superaban con creces la esperable experiencia de su corta vida.

Podemos imaginar que serían fuego de amor intenso sus palabras, cuando arrebatadamente hablara de Cristo que la enamoró, del Cristo con el que ella enamoraba a quienes le escuchaban, y del Cristo que se la llevó con Él cuando el martirio consumó la entrega de amor infinito de la esposa confiada al mutuo amor del ser amado.

¡Con qué ardor no defendería la justicia y la verdad entre los poderes constituidos que con saña la condujeron al martirio!. ¡Y con qué valentía no asumiría el infinito sacrificio de vencer las tentaciones de la vida que a buen seguro se le ofrecería fácil y regalada si con cobardía la verdad hubiera negado. ! Pero prefirió ser herramienta útil de evangelización en su tiempo, y con su sacrificio esa evangelización se prolonga hasta ahora, hasta este tiempo nuestro en que tan necesitados estamos de ella.

Podemos ahora traer a colación las palabras pronunciadas por el Santo Padre Benedicto XVI en un reciente Congreso con el tema: “Testigos de Jesús Resucitado, esperanza del mundo”. El Papa, en su mensaje se refiere a la responsabilidad civil y política de los católicos, expresando nítidamente que “el campo de la política es una tarea muy importante a la que deben dedicarse con generosidad y valentía los cristianos laicos, iluminados por la fe y por el magisterio de la Iglesia”.

Continúa el Papa diciendo que urge afrontar con determinación y claridad el riesgo de decisiones políticas y legislativas que contradicen valores fundamentales y principios antropológicos y éticos”. Se refiere el Papa, en concreto, a acciones contra la concepción de la vida humana y acciones contra la familia fundada en el matrimonio.

Y eso fue precisamente lo que hizo Santa Catalina en el momento histórico que le tocó vivir. Se opuso a la injusticia del poder establecido, que trataba de imponerle el paganismo, y se opuso con entrega de hasta lo más valioso que materialmente poseemos: la vida.

Buen ejemplo, porque las situaciones se repiten desgraciadamente y, a veces, tratan de hacernos comulgar con ruedas de molino. Tenemos que imitar a Santa Catalina en éste como en muchos otros aspectos, pero en éste podemos empezar, porque vivimos tiempos de imposiciones injustas como las que nos denuncia el Santo Padre. Vivimos tiempos en los que el racionalismo más desesperante intenta acallar todo vestigio de humanidad.

Frente a las leyes naturales impresas en el corazón de todo ser humano, en nuestros días pareciera que todo puede ser legislado según criterio de una hipotética mayoría, relativizando todo, como si no existieran esas leyes morales universales e inmutables que hablan de la infinita dignidad de todo ser creado, de su inalienable libertad para comunicarse con su Creador y rendirle amor y adoración.

Los cristianos tenemos además las leyes que Dios nos entregó, resumidas en dos: Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. En palabras de Juan Pablo II: *“Los diez mandamientos son la ley de la libertad; no una libertad para seguir nuestras ciegas pasiones, sino una libertad para amar, para elegir lo que conviene en cada situación, incluso cuando hacerlo es costoso”*.

Santa Catalina se opuso con ardor a la injusticia que trataba de imponérsele. Nosotros tendríamos que mirarnos en su espejo y ejercer real y auténtica objeción contra las leyes antinaturales que se nos imponen. ¿Lo

hacemos realmente?.¿Elegimos siempre la libertad de amar, o nos quedamos esclavos del pensamiento débil dominante en nuestra sociedad?. En muchas ocasiones tenemos la amarga sensación de que hemos renunciado a cambiar el mundo, arrastrando una vida que en absoluto podemos llamar plena.

La historia corta pero intensa de Santa Catalina nos muestra a una joven capaz de argumentar y convencer con la fuerza de sus convicciones a los más sesudos eruditos de su tiempo. Por eso es patrona de la elocuencia y de los estudiantes y filósofos. Amaba en definitiva la verdad, ansiaba el conocimiento, y ambas cosas se manifestaban en ella con la fortaleza de quien está animada por la fuerza del Espíritu.

¿Y nosotros?. ¿Amamos la verdad, gustamos de alcanzar y comprender el mundo en que vivimos?. ¿Amamos tan siquiera?. No siempre lo parece, porque más bien muchas veces escondemos nuestros sentidos y anulamos nuestras voluntades para no dar razón de las injusticias que nos rodean. ¿Cómo, si no, puede entenderse que en un tiempo en el que disfrutamos de las mayores capacidades tecnológicas posibles, superando con creces a las de cualquier otra época, en el que además existen más recursos que nunca y mejor posibilidad de aprovechamiento de los mismos, cómo puede entenderse que aún existan más de 2000 millones de seres humanos que pasan hambre?.

En la reciente carta encíclica “Dios es caridad”, documento de profundo contenido teológico, su Santidad Benedicto XVI, subraya “...*la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia*”.

Pareciera que estamos lejos de aceptar un martirio en defensa de lo que consideramos justo. Santa Catalina sí fue capaz. Pero sin tener que llegar a pedirnos ese sacrificio supremo, qué lejos estamos de aceptar ni tan siquiera alguna incomodidad para tratar de cambiar las estructuras de pecado existentes en el mundo. Esto nos lo denuncia otra carta encíclica, la de Juan Pablo II: *Sollicitudo rei socialis*.

Han pasado ya prácticamente 20 años desde que Juan Pablo II la escribiera. Excepcional documento que mantiene toda su vigencia. En él podemos leer que:

Las "estructuras de pecado" se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siempre a actos concretos de las personas, que

las introducen, y hacen difícil su eliminación. Y así estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres.

Como atinadamente nos expresa este anterior párrafo de la encíclica, son nuestros pecados personales los que dan lugar a las injustas situaciones que vivimos en nuestro mundo.

Podemos leer también a continuación en la citada carta encíclica:

Dios "rico en misericordia", "Redentor del hombre", "Señor y dador de vida", exige de los hombres actitudes precisas que se expresan también en acciones u omisiones ante el prójimo. Aquí hay una referencia a la llamada "segunda tabla" de los diez Mandamientos (cf. Ex 20, 12-17; Dt 5, 16-21). Cuando no se cumplen éstos se ofende a Dios y se perjudica al prójimo, introduciendo en el mundo condicionamientos y obstáculos que van mucho más allá de las acciones y de la breve vida del individuo. Afectan asimismo al desarrollo de los pueblos, cuya aparente dilación o lenta marcha debe ser juzgada también bajo esta luz.

No podemos, por tanto, escudarnos en nuestra personal pequeñez pensando que nuestras acciones son inocuas, o que en todo caso tienen unas repercusiones pequeñas. No es así, porque con cada uno de nuestros actos y con cada una de nuestras omisiones estamos condicionando o no el bienestar, la libertad o la justicia debida a nuestros semejantes.

Personal y colectivamente hemos convertido a la pobreza en lugar común para millones de seres humanos. Tan acomodados estamos en nuestra sociedad del bienestar que no nos damos cuenta que se soporta en buena parte en la desesperación y miseria de muchos seres humanos. Todos sabemos del trabajo infantil que abarata miles de objetos que compramos a diario. O los bajos precios que pagamos por productos básicos de países en desarrollo, a los que además ahogamos con el pago de una deuda externa que les impide salir de su postración. Todos conocemos las jornadas inacabables de muchos trabajadores para los que la supervivencia es una cuestión de días de trabajo interminables. Y todos conocemos las exiguas retribuciones de muchos trabajadores en hogares ajenos sin más horizonte que permitirles la subsistencia y sin que parezca que deban imperar otros criterios que los de la oferta y la demanda. Igualmente, todos somos conocedores del impresionante despilfarro de energía y de recursos en nuestro autodenominado mundo desarrollado.

Un reciente informe del oficial Instituto Nacional de Estadística nos dice que en España hay 8 millones y medio de personas por debajo del

umbral de la pobreza, y que entre nuestros paisanos, el 30% se encuentra en esta situación. Esto quiere decir que disponen de menos de la mitad de la renta media nacional, lo que los conduce a situaciones de pobreza y marginación.

No hay que irse por tanto muy lejos para descubrir el terrible fruto de nuestros pecados personales: *"egoísmo"* y *"estrechez de miras"*, *"cálculos políticos errados"* y *"decisiones económicas imprudentes"*. , como podemos también leer en la referida carta Sollicitudo rei socialis.

Y todo ello en un país desarrollado como el nuestro, que se encuentra entre la docena de países de todo el mundo con mayor desarrollo y potencia económica, si bien es cierto que no alcanza el mismo puesto en la escala de desarrollo humano que tiene en cuenta otros criterios distintos a los económicos. Ocurre es que no están todos disfrutando de ese grado de desarrollo.

El binomio pobreza – riqueza es ahora más grande que nunca. La diferencia entre ricos y pobres es cada vez más abismal, y las sociedades modernas son cada vez más duales, con niveles de vida muy diferentes, en nada equiparables. Resulta sorprendente que la pobreza, tan altamente cuantificada, está como escondida, porque entre todos tratamos de ocultarla en una nube, por no sentir ni tan siquiera el peso opresor de su conocimiento. Por si fuera poco, a pesar de los esfuerzos por equilibrar las riquezas entre naciones y zonas geográficas deprimidas, todos somos testigos de la ola de insolidaridad que está cubriendo nuestra diaria convivencia entre regiones y autonomías, y los inconfesables planteamientos de los nacionalismos excluyentes.

Y os prometía al principio que este pregón quería ser Invitación, y eso es precisamente lo pretendido, aunque pueda parecer que discurrimos por senderos ajenos a la festividad que pregonamos. Os invito a imitar a Santa Catalina. Ella supo vencerse a sí misma, renunciando a su propia vida. Como ella, y de acuerdo con el tiempo histórico que nos ha tocado vivir, tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos, desgastar nuestra vida en la lucha contra las estructuras injustas, para que así en un incruento martirio podamos ser dignos émulos de quien proclamamos como nuestra patrona.

Santa Catalina es también un signo ecuménico. Sus restos descansan en el Monasterio de la Transfiguración y de Santa Catalina, justo a la sombra del monte Sinaí, donde Moisés recibió las Tablas de la Ley. En la

Homilía celebrada en este monasterio por Juan Pablo II en febrero del jubilar año 2000, con ocasión de su visita a Tierra Santa, nos dejó dicho:

“Aquí encontró su última morada el cuerpo de la mártir Santa Catalina”, y “A lo largo de los siglos, este monasterio ha sido un excepcional lugar de encuentro para personas que pertenecen a diferentes Iglesias, tradiciones y culturas. Ruego a Dios que en este nuevo milenio el monasterio de Santa Catalina sea un faro luminoso que impulse a las Iglesias a conocerse mejor mutuamente y a redescubrir la importancia, a los ojos de Dios, de lo que nos une en Cristo”.

En Jaén, tenemos también ese lugar privilegiado desde el que Santa Catalina nos convoca al encuentro de tradiciones y culturas. Jaén es pueblo generoso que sabe abrir sus brazos al emigrante, pero ha de ser con todas sus consecuencias. Tenemos que dejarnos iluminar por ese nuestro faro luminoso para descubriéndonos unos a otros, apreciar e imitar lo mejor de cada una de nuestras culturas. Sólo así el futuro nos deparará una sociedad cohesionada en valores e inquietudes. Pero para que los que llegan a nuestras tierras las amen tan profundamente como nosotros, han de encontrar no sólo trabajo y hospitalidad, sino esos valores trascendentes y universales que los muevan a sentir como propia la tierra y las gentes que los reciben como auténticos hermanos.

Sin lugar a dudas, un Patronazgo sentido y auténtico es mucho más que un título honorífico o una referencia tradicional y folclórica. Es toda una apuesta por la vida.

Este pregonero no puede resistirse a la tentación de invitaros reiterativamente a obtener esa capacidad de discernimiento como la que tuvo Santa Catalina, a tener oídos bien atentos y ojos bien abiertos para descubrir y captar toda la verdad y la realidad del mundo en que vivimos. Sólo así podrá predisponerse nuestro ánimo y nuestra voluntad para trabajar y actuar por el bien común universal. Y cada cual en su sitio, porque nadie es pequeño, y menos a los ojos de Dios que elige precisamente a los más débiles y a los bienaventurados para las más grandes acciones que han ido jalonando la historia de la humanidad. Cada uno de nosotros, en nuestra infinita pequeñez, podemos y debemos mover el grano de trigo que hará granero para todos.

Muy pronto, Dios mediante, volveremos a proclamar en jubilosa romería que Santa Catalina se adueñó un día del corazón de los jiennenses, y que muchos siglos después aún sigue arrobándonos con el ejemplo de sus virtudes. Con alegre caminar llevaremos en volandas a Santa Catalina hasta

la impresionante atalaya desde la que vela todo el año el trajín de nuestras vidas, nuestros sufrimientos y nuestras alegrías. La atalaya desde la que a buen seguro ejerce la mejor centinela sobre nuestras necesidades. Vigía permanente que aún sin pedírselo atiende a sus queridos hijos de Jaén. No en vano, seguro que en secreta y confiada conversación con María, nuestra Virgen de la Capilla, todos los días comentan y hablan de lo que pasa en Jaén., de sus hijos queridos, y entre ambas, en completa y absoluta complicidad interceden ante Jesús por todos y cada uno de nosotros.

¡Con qué cariño de madres velarán por las familias de Jaén, por las familias de quienes las proclamamos patronas!.

Cada familia es un relicario donde la fe puede anidar y acrisolarse, y donde la fe puede crecer y rebosar inundando a todos sus miembros, a todos sus vecinos y a todos sus conciudadanos. Hoy, más que nunca, cada uno de nosotros tiene que hacer germinar y crecer ese maravilloso don de la fe allí donde nos encontremos. En caso contrario seremos como la higuera del Evangelio que no daba fruto y quedó maldita, y se secó, estéril e inútil para todo.

Santa Catalina, nos dice la historia, creyó en Jesús, e hizo creer a otros, a muchos, germinando en ellos la semilla de la fe. Magnífico ejemplo para tratar nosotros de hacer lo mismo. Y magnífico programa para su Real Cofradía, que puede así cumplir adecuadamente con su misión, promoviendo en sus cofrades y en todos los jiennenses un acercamiento a la figura evangelizadora de Santa Catalina, convirtiéndose ella misma en eficaz instrumento evangelizador en nuestra Iglesia Diocesana, Iglesia Universal, Comunión con nuestro Creador en el misterio de Amor de la Eucaristía.

Cuando entre rezos y cantos elevemos a Santa Catalina hasta su torre centinela, os invito a recordad a todos aquellos nuestros antepasados que algún día hicieron lo mismo y que ahora, apostados a lo largo del camino invisible que nos une a ellos generación tras generación, estarán gozando de la inefable presencia del Creador.

Con especial fervor, permitid que este pobre pregonero traiga ahora a su memoria la imagen de su padre querido, que un día, aún lo recuerda perfectamente, lo llevó con él a la subida al cerro en la romería de Santa Catalina, y que no hace mucho ascendió por los senderos de la gloria hasta la morada eterna. Mi madre que tan eficazmente colaboró con él, me sigue regalando el infinito don de la fe. Y permitid también que ahora traiga a mi memoria a quien hizo esa misma transmisión de fe a la madre de mis hijos,

a la abuela materna que nos dejó en fechas muy recientes. Y cómo no, siendo vuestro pregonero, quiero ahora traer a vuestra memoria a cada uno de vuestros seres queridos, a los que faltan este año y a los que hace tiempo que caminaron a la casa del Padre. Todos ellos nos precedieron en la fe.

Podemos elevar una plegaria comunitaria, porque estamos reunidos y queremos orar por ellos. Dios está en medio de nosotros, como nos lo tiene prometido, y entre todos hacemos Promesa de continuidad. Promesa de fe compartida que en feliz romería iremos transmitiendo a los demás.

Nuestra subida al cerro, al monte de Santa Catalina, debe ser manifestación de nuestro inequívoco deseo de agradar a la Santa en la imitación de su vida. Después, como buenos cristianos, la alegría debe adueñarse de nuestros corazones, y de nuestras gargantas, una alegría honesta, sincera, auténtica, abierta de par en par hacia el hermano. Una alegría que brote de nuestros corazones comprometidos en hacer felices a los demás, porque en ello alcanzaremos nuestra mayor felicidad.

Y ahora, el encargo ya está realizado. El pregonero cierra sus apretados apuntes en los que ha tratado de plasmar la buena nueva que tenía que anunciaros. Con renovado énfasis, quedáis todos invitados para que la promesa de fidelidad que un día hicieron nuestros antepasados siga transmitiéndose para siempre y sea árbol de raíces tan profundas que ningún viento insano, ninguna sequía extrema, ningún fuego devorador pueda agostar ni la exuberancia de sus ramas, ni sus frutos preciosos que, caídos en tierra fértil serán a su vez semilla de eternidad.

Muchas gracias. El pregonero ha cumplido ya con su oficio.

Juan Carlos Escobedo Molinos
Noviembre 2006